

Psiquiatría y Política

La Psicopatía Individual y Colectiva en el Nacionalsocialismo

Un Estudio de la Psicología Simbólica

Carlos Amadeu Botelho Byington¹

Introducción

Continuando con *Wotan*, el pequeño ensayo arquetípico de Jung (1936) sobre el Nazismo, quiero hacer algunas consideraciones psicopatológicas sobre la psicopatía homicida y suicida de Hitler y su complementariedad con el Partido Nacionalsocialista que dominó la sociedad alemana. Se trata de un ejemplo trágico, pero significativo, de la interacción entre el Self Individual y el Self Cultural en la dimensión política. Dentro del marco simbólico y arquetípico delineado por la Psicología Simbólica, pretendo desarrollar, en el estudio de la psicopatía individual y colectiva, la línea maestra postulada por Jung, según la cual la psicopatología ocurre como disfunción de la psicología normal (Jung, 1935). Esta perspectiva es muy diferente de aquella de Freud, en la cual la agresividad es siempre destructiva, radicalmente opuesta a Eros y subordinada desde el nacimiento al Instinto de Muerte (Freud, 1920). En la teoría de la Psicología Simbólica, la afectividad y la agresividad, así como el Arquetipo de la Vida y de la Muerte pueden ser creativos o defensivos y, así, operan al servicio de la Conciencia o de la Sombra, del Bien o del Mal (Byington, 1996a). No creo que este enfoque teórico torne al Mal menos destructivo que cuando lo consideramos subordinado al Instinto de Muerte.

El Nazismo ha sido ampliamente estudiado por historiadores, sociólogos, periodistas y psicólogos, pero su monstruosidad maligna es una barrera que dificulta mucho y ahuyenta cualquier estudio teórico de la interacción individual y cultural dentro del todo. Hay muchos especialistas que divergen radicalmente entre sí, enfatizando ora la personalidad de Hitler, ora la sociedad alemana y las circunstancias históricas como sus causas principales. Hay incluso aquellos como el cineasta Claude

¹ Médico Psiquiatra y Analista. Miembro Fundador de la SPBA, Miembro de la IAAP. Historiador y Educador. Agradezco a la Psicóloga Maria Helena M. Guerra la colaboración en la investigación bibliográfica, digitación y revisión del texto.

Lanzmann, que realizó Shoah, el documental de nueve horas y media sobre el Holocausto, que limitan el estudio del asunto con un tabú moral y la acusación de “revisionismo” al defender la tesis según la cual explicar a Hitler, además de fútil, es inmoral, pues la propia iniciativa de entenderlo ya es obscena (Rosenbaum, 1998, pág. XVI). Así, revisionismo sería todo y cualquier estudio que fuese más allá del repudio absoluto al Nazismo, como, por ejemplo, el intento de analizar la formación de su monstruosidad a partir del funcionamiento histórico de la sociedad alemana después de la Primera Guerra Mundial. Comprendo el repudio de Lanzmann a la explicación como una reacción emocional y moral de horror luego de la realización del documental que incluyó los campos de concentración. De hecho, al intentar explicar cualquier fenómeno humano, primero es preciso admitir, por más terrible e inhumano que sea, que él forme parte de la vida, y es eso lo que parece resultar imposible para Lanzmann. Entre tanto, considerar a Hitler y al Nazismo como un caso único, representante del Mal absoluto, sin nada en común con los normales y, por tanto, no estudiarlo dentro de la psicopatía y de la psicosis, me parece una idealización defensiva de la naturaleza humana y un perjuicio a la humanidad, pues impide percibir la relación de ambos con la Sombra y con el Mal en las disfunciones de la elaboración simbólica expresadas por medio de las defensas, en el individuo y en la Cultura. Al agravarse, la disfunción de la agresividad normal presenta toda una gama de variaciones hasta los niveles extremos del sadismo, de la tortura, del homicidio, del suicidio, de la guerra y del genocidio. La falta de ese estudio impide sobre todo la identificación de la defensa proyectiva del chivo expiatorio, presente en las disfunciones más banales de las relaciones humanas y que, entre tanto, es la principal defensa por la cual los líderes demagógicos manipulan a la sociedad para llegar a ejercer psicopáticamente el poder político, como sucedió en el Nazismo.

La evidencia de que hay gradación del Mal incluso en el infierno, ejemplificada en el Nazismo, fue trágicamente relatada por un sobreviviente de Auschwitz. El médico holandés Louis Micheels sobrevivió al campo de concentración y emigró a los Estados Unidos, donde fue profesor de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de Yale y presidente del Western New England Institute de Psicoanálisis. Él escribió un libro valiente y trágico, *Doctor #117641, Una Memoria del Holocausto*, en el cual relata la existencia, en los campos, de médicos que mataban y trataban a los prisioneros. Un día vio un documental realizado por periodistas holandeses sobre dos de esos

médicos que había conocido. Uno, el Dr. Eduard Wirths, quien, cuando desembarcaban los prisioneros, los separaba para morir o ser encaminados a realizar trabajos forzados. Otro, el Dr. Hans Munch, que trató y salvó la vida de muchos prisioneros. Después de la guerra, el Dr. Munch fue el único médico de campo de concentración absuelto, en parte por el testimonio de prisioneros sobrevivientes, y el Dr. Wirths se suicidó luego de ser capturado, en la certeza de ser condenado a muerte (Rosenbaum, 1998, págs. 267-276).

Lejos de cualquier pretensión de explicar la maldad humana, y consciente del sufrimiento que el asunto despierta, sobre todo en personas relacionadas directamente con sus víctimas, este artículo tiene la intención de abordar el Mal como expresión de esta patología extrema por el método simbólico-arquetípico para ampliar el conocimiento de la interacción del Self Individual con el Self Cultural en la normalidad y en la patología (Byington, 1987).

Como muchas otras personas mentalmente desequilibradas, cuyo disturbio central es la disfunción de la agresividad, Hitler fue un asesino suicida. La mezcla de la agresividad dirigida al Otro y a Ego es una de las evidencias de que la agresividad está mal elaborada y fijada en la Sombra. Se trata, entonces, de una función estructurante indiferenciada, que por eso está dirigida al Otro y al Ego. Esa agresividad mal elaborada y luego proyectada y actuada psicopáticamente en los judíos, comunistas, liberales, gitanos, eslavos, y en los portadores de enfermedades mentales y hereditarias, se volvió también contra amigos y colegas del partido, contra los propios soldados alemanes al prohibir su retirada y al practicar errores estratégicos absurdos. Podemos verlo también en las derrotas sin rendición, en la matanza del propio pueblo alemán y de sí propio. La monstruosidad del Nazismo fue liderada por Hitler, pero el principal factor que desafía la comprensión teórica fue su aceptación por el Congreso, por gran parte de la sociedad y por el ejército, que se tornaron sus cómplices, al elevarlo al puesto de Canciller, con mayoría para legislar.

La ascensión del Nazismo, basada en el discurso paranoico del chivo expiatorio de la proyección del Mal, llama la atención hacia la interacción política entre el Self Individual y el Self Cultural y las temibles distorsiones patológicas posibles, tantas veces registradas en la historia, inclusive en los días de hoy (Byington, 1987). La importancia simbólica sociopolítica del Nazismo, en ese sentido, fue la sanción, por mayoría de votos de un parlamento democrático, de un líder y de un partido que

implantarían un régimen guerrero de horror, que por muy poco no obtuvieron hegemonía planetaria. De hecho, la obtención de la bomba atómica por los Estados Unidos antes que Alemania fue solamente una cuestión de interés e inversión. Si Hitler y los físicos alemanes se hubiesen interesado por la obtención de la fisión nuclear como lo hicieron con la balística el resultado podría haber sido otro. Si en seis años, bajo el comando de Hitler, la máquina de guerra alemana y sus campos de exterminio dominaron a tantos países y mataron a tantas personas, es imposible imaginar la extensión del Mal si el Nazismo hubiese obtenido la bomba atómica antes que los Estados Unidos.

Resumen del Marco Teórico de Referencia de la Psicología Simbólica

A pesar de que muchos lectores ya conozcan el marco teórico de referencia de la Psicología Simbólica, necesito recapitular algunos conceptos básicos para aquellos que lo desconocen.

Comencemos por enfatizar la ampliación de los conceptos de símbolo y de función por la Psicología Simbólica para englobar todos los eventos y funciones existenciales simultáneamente dentro de la realidad subjetiva y objetiva. Surgieron así los conceptos de símbolo, de función y de sistema estructurantes, que forman y transforman la identidad del Ego y del No-Ego (el Otro) en la Conciencia. Este proceso se denomina Proceso de Elaboración Simbólica y es aquí considerado como la actividad psicológica central de la personalidad individual y de la cultura. Dicho proceso está regido por el Cuaternio Arquetípico Regente, que opera alrededor del Arquetipo Central. El cuaternio está formado por el Arquetipo Matriarcal, que expresa principalmente la sensualidad; por el Arquetipo Patriarcal, cuya esencia es el poder y la organización; por el Arquetipo de la Alteridad, caracterizado por coordinar la interacción democrática de las polaridades y por el Arquetipo de la Totalidad, que rige la elaboración simbólica en función del Todo.

Para aplicar el pensamiento simbólico de Jung a toda dimensión psíquica, la Psicología Simbólica amplió el concepto de arquetipo para englobar también la Conciencia. De esta manera, describió las cinco posiciones arquetípicas Ego-Otro, al mismo tiempo, coautoras y resultantes de la elaboración de los símbolos estructurantes por las funciones estructurantes. Son ellas: la posición indiferenciada,

que corresponde al inicio de la elaboración simbólica por el Arquetipo Central; la posición insular, que forma islas en la Conciencia coordinadas por la sensualidad y por la causalidad mágica del Arquetipo Matriarcal; la posición polarizada, que tiende a formar sistemas en la Conciencia coordinada por la capacidad abstracta y por la causalidad racional del Arquetipo Patriarcal; la posición dialéctica, articulada por la interacción democrática de las polaridades y por la sincronicidad del Arquetipo de la Alteridad, que incluye los Arquetipos del Anima y del Animus descritos por Jung; y finalmente la posición contemplativa, que corresponde al Arquetipo de la Totalidad y que culmina la elaboración simbólica.

Las disfunciones de la elaboración simbólica son aquí percibidas como el origen de la Sombra, equiparada con el camino del Mal, y de toda la psicopatología. Esas disfunciones engloban desde cualquier problemática genética hasta los disturbios adquiridos, sea por enfermedad orgánica, sea por una limitación de origen emocional. Estas últimas incluyen el concepto de fijación del Psicoanálisis y de mecanismos de defensa del Ego, aquí considerados arquetípicamente como defensas del Self. Cuando las funciones estructurantes creativas sufren disturbios en la elaboración simbólica, ellas pasan a ser denominadas funciones estructurantes defensivas. Los símbolos fijados y las funciones estructurantes defensivas forman el inconsciente reprimido del Psicoanálisis y la Sombra de la Psicología Analítica. Se asegura así la base psicodinámica normal para la psicopatología, como concibió Jung (1935), y que falta en la casi totalidad del DSM-IV. Este manual, que rige actualmente la Psiquiatría mundial, está organizado en función de síntomas, cuadros clínicos y de diagnósticos poco o nada articulados con el desarrollo normal.

Esta falta de articulación psicodinámica de los cuadros clínicos con expresiones psicológicas normales propicia "tratar" a funciones estructurantes creativas como defensivas, lo que aumenta sobremanera el número de "clientes" de la industria psicofarmacológica. Las facturaciones astronómicas de las multinacionales, obtenidas con el tratamiento supresivo de síntomas depresivos y ansiosos, que muchas veces sofocan expresiones creativas del sufrimiento psicológico y que precisan ser escuchadas y existencialmente atendidas, además de pasteurizar la vida psicológica suprimiendo sus denuncias, ponen en duda la ética de esa industria y de los médicos que la promueven, cuando no separan y elaboran con criterio lo que es creativo de lo que es defensivo.

Las Cuatro Estrategias Psicopatológicas

La interacción de la Sombra con la Conciencia puede ser subdividida en cuatro estrategias defensivas típicas que determinan los cuatro grados de la psicopatología simbólica. La estrategia defensiva neurótica mantiene a la Sombra predominantemente inconsciente. La neurosis desarticula el funcionamiento consciente e inconsciente de la personalidad. En la estrategia defensiva psicopática, la Sombra domina la Conciencia en lo que concierne a la actuación, pero permanece inconsciente en la reflexión. En la psicopatía, la Conciencia se corrompe y se torna delincuente para no perder el contacto con la realidad y psicotizar. En la estrategia defensiva psicótica, la Sombra invade y domina centros operativos de la Conciencia, manteniendo el control de la actuación y de la reflexión de las funciones estructurantes comprometidas. En la psicosis, la Conciencia pierde la articulación adecuada con la realidad para mantener su estado de articulación con una realidad simbólica propia alienada. Finalmente, en la estrategia defensiva borderline, las funciones estructurantes creativas se componen con las funciones estructurantes defensivas permitiendo que éstas operen separadamente, no obstante, sin dominar francamente centros operativos de la Conciencia, como ocurre en la estrategia psicótica. En el estado borderline, la Conciencia permite la operación de sectores de la personalidad fuera de la realidad por medio del desarrollo de funciones estructurantes creativas que preservan su relación normal con la realidad.

El Pasaje de Hitler de la Estrategia Psicopática a la Psicótica

Durante la guerra, vemos la psicopatología de Hitler agravarse y pasar progresivamente a la estrategia psicótica, negando la realidad que lo frustraba y penetrando en un cuadro delirante. Su instinto agresivo psicopático incluyó cada vez más al ejército y al pueblo alemán, sin, en ningún momento, hacer algo para protegerlos o salvarlos, sino por el contrario, condenándolos a la destrucción, al no permitir retiradas estratégicas o cualquier acuerdo de paz antes de los recios bombardeos, de la invasión de Alemania y de su propia muerte.

El General Franz Halder, jefe del Estado Mayor, fue destituido por Hitler el 24 de septiembre de 1942 y enviado a un campo de concentración. En su libro *Hitler como Mariscal de Campo*, él relata que fue destituido al llamar la atención a Hitler sobre el gran error de pensar que los rusos estaban liquidados en Stalingrado, a pesar de que informaciones del Servicio Secreto aseguraban lo contrario (Halder, in Shirer, 1960, vol. 3, págs. 443-444).

El General Paulus, comandante del 6^o Ejército en Stalingrado, el 24 de diciembre de 1942 pidió permiso para rendirse con doscientos mil hombres, lo que fue negado por Hitler. El 24 de enero de 1943, Paulus comunicó que “las tropas están sin municiones y sin víveres ... ya no es posible un comando eficaz ... dieciocho mil heridos sin cualesquier provisiones, curativos o remedios ... insensato proseguir en la defensa. Inevitable el colapso. El ejército solicita permiso para rendirse a fin de salvar las vidas de los soldados remanentes.” La respuesta de Hitler fue la misma: “prohibida la rendición. El 6^o ejército defenderá sus posiciones hasta el último hombre y el último cartucho y con su heroica resistencia hará una contribución inolvidable para el establecimiento de un frente defensivo y para la salvación del mundo occidental.” Paulus desobedeció a Hitler y se rindió (Shirer, 1960, vol. 3, págs. 461-462).

El General Rommel comunicó el 2 de noviembre de 1942 que no podría sustentar la lucha al Norte de África y que pretendía retirarse. Había comenzado a hacerlo, cuando Hitler le envió el siguiente mensaje: “en la situación en que os encontráis ahora, no hay otra alternativa sino resistir firmemente, no retrocedáis un paso, lanzad los cañones y a todos los soldados en la batalla ... no debéis mostrar a vuestras tropas otro camino sino el que conduzca a la victoria o a la muerte...” (Bayerlein, in Shirer, 1960, vol. 3, pág. 447). El 4 de noviembre el General Ritter von Thoma, que comandaba el Afrika Korps, luego de decir al General Bayerlein que “la orden de Hitler es un ejemplo de locura sin paralelo”, se entregó a una unidad británica (Shirer, 1960, vol. 3, pág. 448).

En aquel infierno de derrotas, Hitler no consideraba más al pueblo alemán digno de su grandeza. “Si el pueblo alemán fuera derrotado en esta lucha”, declaró a los líderes de distritos (*Gauleiters*) en agosto de 1944, “debe haberse vuelto demasiado débil; habrá dejado de probar su valor ante la historia y estará apenas destinado a ser destruido.” (Speer [a] in Shirer, 1960, vol. 4, pág. 244).

El General Guderian, Jefe del Estado Mayor General, relata crisis emocionales de Hitler, a medida que las noticias del frente de batalla empeoraban. Eran ataques de furia acompañados por un temblor de las manos y de los pies. Fue en una de esas crisis que Hitler expidió una orden general, el 19 de marzo de 1945, para que todas las instalaciones militares e industriales y las destinadas a los transportes y comunicaciones, así como todos los depósitos de Alemania fuesen destruidos a fin de impedir que cayesen en manos del enemigo. Alemania debía ser transformada en un vasto desierto. Nada se debía dejar para que el pueblo alemán pudiese sobrevivir a la derrota. “Si perdemos la guerra, la nación perecerá también ... Sólo elementos inferiores restarán en esa batalla, pues los superiores ya estarán muertos.” (Speer [b], in Shirer, 1960, vol. 4, pág. 246).

Las Innumerables Dimensiones del Self

Guiada por el Arquetipo Central, la Conciencia puede situar la elaboración simbólica en diferentes dimensiones del Self, cuya fenomenología trasciende el Self Individual. Así, la polaridad Ego-Otro, dentro del Proceso de Humanización, puede percibir la elaboración simbólica como el Self Familiar, el Self Terapéutico, el Self Cultural, el Self Planetario y el Self Cósmico, y de ella participar. Es evidente que todas estas dimensiones están siempre presentes, pero la influencia de cada una de ellas en la elaboración simbólica puede ser mayor o menor, dependiendo de las circunstancias. En el caso del Nazismo, la influencia del Self Cultural Alemán, del Self Cultural Europeo y del Self Planetario intervinieron de manera intensa en la elaboración de los símbolos y funciones estructurantes de la identidad alemana y en su comportamiento en las dos grandes guerras del siglo veinte, grandemente influenciados por el Self Individual de Hitler en la Segunda Gran Guerra.

Debido al hecho de que habitualmente nos identifiquemos con el Self Individual, tendemos a percibir las demás formas del Self fuera de nosotros. Al hacerlo, caemos en las dicotomías Psique-Naturaleza, Psique-Cuerpo y Psique-Sociedad, que limitan el marco de referencia epistemológico de la Psicología. Solo escapamos de esa trampa metodológica, cuando asumimos la raíz arquetípica de nuestro Ego identificada con el Self Cósmico, dentro del cual se diferencian todas las demás formas del Self. Para poder asumir esta identidad conceptualmente, la Psicología Simbólica identifica la

energía-evento psíquico con la energía-materia cósmica. En ese caso, los conceptos de Self engloban los conceptos de Dios y de Universo, como percibió hace milenios la sabiduría hindú, al concebir el Atman. Jung también pensó este asunto cuando escribió que “en la idea hindú del Atman, el ser individual y el ser cósmico forman un perfecto paralelo con la idea psicológica del Self y del *filii philosophorum*. El Self también es Ego y no-Ego, subjetivo y objetivo, individual y colectivo.” (Jung, 1946, par. 474).

A partir de la identificación de la energía psíquica con la energía de la Totalidad, la Psicología Simbólica siguió a Teilhard de Chardin (1947) y describió el desarrollo psicológico como el Proceso de Humanización del Cosmos, que engloba todas las dimensiones de la totalidad del Self, inclusive la del Self Individual, cuyo desarrollo Jung describió como el Proceso de Individuación. El Nazismo fue sin duda el descamino más destructivo y amenazador de la viabilidad del Proceso de Humanización.

Es importante entender que el Sistema Nervioso individual comprende el Arquetipo Central, que lo hace capaz de funcionar sistémicamente, elaborando los símbolos, funciones y sistemas estructurantes para formar y transformar la Conciencia, en interacción con él. Todas las dimensiones del Self participan en grado mayor o menor de la elaboración simbólica y lo hacen por medio del Eje Simbólico Ego/Otro-Arquetipo Central. Neumann nombró impropriamente a este eje Ego-Self, lo que sugiere erróneamente que el Ego pueda existir fuera del Self (Neumann, 1970).

Las influencias recibidas de las varias dimensiones del Self están en interacción unas con otras junto con la Conciencia y el Arquetipo Central, de tal manera que el producto final de esta elaboración en la Conciencia es almacenado en la memoria con todas estas influencias. De este modo, el Sistema Nervioso jamás es exclusivamente orgánico, sino que es siempre también simbólico, puesto que está impregnado de significados aprendidos. (Byington, 2003). Por todo esto, la filosofía que abarca la Ciencia Simbólica, en la cual se sitúa la Psicología Simbólica, se expresa como el Humanismo Simbólico, pues su centro es el Proceso de Humanización del Cosmos percibido por medio de la elaboración simbólica.

Como todos los demás símbolos y funciones estructurantes, la interacción entre las varias dimensiones del Self también alcanza su auge de capacidad de elaboración de los símbolos, funciones y sistemas estructurantes en la posición dialéctica del

Arquetipo de la Alteridad (Byington, 1996b, cap. 9). Esta capacidad de productividad psicológica máxima, que vengo señalando en mi obra hace veinticinco años, se debe a la interacción dialéctica cuaternaria entre las polaridades dentro del principio de la sincronicidad y del sistema de retroalimentación del Self (von Bertalanffy, 1968). Se trata de la dialéctica cuaternaria esencial para las personas que quieren relacionarse profundamente, sean ellas parientes, amigos, socios o cónyuges, así como para la relación entre el Self Individual y el Self Cultural, como estamos abordando aquí en la relación entre Hitler y la cultura alemana.

Cuando nos referimos a la elaboración dialéctica cuaternaria, incluimos siempre también la interacción de las polaridades situadas en la Conciencia y en la Sombra, lo que para la Psicología Simbólica corresponde a la relación entre el Bien y el Mal, coordinada por la función estructurante de la ética. De esta forma, el proceso de elaboración simbólica es capaz de extraer el máximo de significados de la actividad simbólica de la Psique. Consecuentemente, es lógico que todas las actividades humanas, incluyendo el conocimiento y la cultura acumulados, deberían ser elaboradas por la posición dialéctica del Arquetipo de la Alteridad, lo que nos lleva a concluir que, en este ámbito, la humanidad tiene una tarea inmensa por realizar. El filósofo inglés Alfred North Whitehead llamó la atención sobre esta elaboración en la ciencia objetiva con el libro *Proceso y Realidad*, tema que Carl Popper continuó en *Realidad Objetiva*, al enfatizar la importancia del reconocimiento del error (de la Sombra) en el progreso de la Ciencia.

El análisis dialéctico de la Política y de la Historia por el Materialismo Dialéctico de Marx y Engels dio gran ímpetu para la elaboración de las Ciencias Sociales en los siglos diecinueve y veinte. Lamentablemente, al aplicar la dialéctica a la transformación política y económica de la sociedad, el Materialismo Dialéctico cometió cuatro errores fundamentales, que debilitaron mucho la implantación del Arquetipo de la Alteridad y contribuyeron para favorecer el Nazismo.

El primer error fue el reduccionismo del Self Cultural a la dimensión económica, equivalente en gravedad a la reducción hecha por Freud de la libido a la dimensión sexual. Reducir el estudio de cualquier fenómeno a una única dimensión del Self impide su enfoque sistémico (dentro de la totalidad) y mutila su comprensión simbólica. El segundo error fue la reducción de las polaridades del Self Cultural a dos clases sociales. El tercero fue la reducción de la relación de estas dos clases sociales a la

lucha de clases y no a su interacción dialéctica. Finalmente, el cuarto error fue la idea de que, si el proletariado colectivizase la propiedad privada y el poder político, acabarían las clases sociales y reinaría el paraíso comunista con una sociedad sin clases, esto es, sin tensiones entre las polaridades en la dimensión social.

Como cualquier dimensión del Self, la dimensión social presenta arquetípicamente polaridades que se manifiestan socialmente. Así, en los estados comunistas, las polaridades se transmutaron de las clases socioeconómicas, abolidas junto con la propiedad privada, en la polaridad política del Partido versus la clase proletaria. Lo que fue abolido con esa transformación social violenta fue la democracia, junto con la dialéctica de la alteridad, substituida por la dictadura monopartidista ejercida supresiva y represivamente por la posición polarizada del Arquetipo Patriarcal. Este cuarto error fue el más grave de todos debido al hecho de haber llevado a la teoría comunista a respaldar dictaduras que exterminaron a muchos millones de personas en el siglo veinte (Byington, 1980) y a propiciar el uso de la truculencia por el Partido Nacionalsocialista.

Estos errores de la dialéctica no fueron percibidos y analizados por los estudiosos debido a que la teoría marxista de la transformación económica ha sido invalidada por su negación de la creatividad y productividad del mercado económico y por haber sido el catecismo de los parámetros socioeconómicos de terribles dictaduras políticas. Así, lamentablemente para la Cultura, se interrumpió el estudio de la dialéctica como expresión del Arquetipo de la Alteridad en las dimensiones socioeconómica y política y, una vez más, como en el caso del Mito Cristiano, no se comprendió que su descamino no fue debido a la dialéctica en si, sino a su patriarcalización defensiva que substituyó la amplitud creativa de la posición dialéctica por la estrechez dogmática de la posición polarizada.

La Teoría Arquetípica de la Historia

Un análisis simbólico y arquetípico en la dimensión del Self Cultural no puede prescindir de la Teoría Arquetípica de la Historia concebida por la Psicología Simbólica (Byington, 1983). Esta teoría se basa en el encadenamiento de los arquetipos regentes en la elaboración de los símbolos para formar la Conciencia en la historia de la

humanidad, análogamente a lo que sucede en el desarrollo de la personalidad individual y en la elaboración de cualquier símbolo durante la vida.

A pesar de esta teoría referirse a milenios y, por eso, generalizar y no considerar muchas etapas fundamentales tan bien estudiadas por los especialistas, ella es muy útil para mantener al estudioso de la humanidad firmemente enraizado en la perspectiva histórica arquetípica del proceso de Humanización del Cosmos. Cada tamaño de pájaro tiene un tipo de relación con el conocimiento del suelo, y así es el conocimiento psicológico de la Historia. Los pájaros de alas menores perciben el árbol y el monte, mientras que los pájaros de alas mayores pueden ver la cordillera y el océano. Es indispensable que todas las aves se asocien en la búsqueda de la percepción de la superficie terrestre.

Si consideramos que las mutaciones que generaron el *Homo Sapiens* tienen aproximadamente más de cien mil años, podemos suponer que nuestra Conciencia fue, durante el llamado período prehistórico de más de ochenta mil años, coordinada predominantemente por la sensualidad y fertilidad del Arquetipo Matriarcal. Esto probablemente ocurrió por el hecho de que los pueblos cazadores-recolectores nómadas tuvieron como elaboración simbólica principal las funciones estructurantes de la alimentación y de la supervivencia.

A partir de la revolución agro-pastoril, hace más de diez mil años, conquistamos paulatinamente la morada permanente que permitió la construcción de las ciudades y de los imperios, que a lo largo de los siglos generaron la “nacionalización” del Self Planetario. Probablemente el predominio del Arquetipo Patriarcal y de la posición polarizada fueron tornándose predominantes a partir de la construcción de las ciudades, de la escritura, de la propiedad privada articulada con la organización familiar hereditaria, de las clases sociales y del capitalismo (Engels, 1884). La nacionalización del Self Planetario ha sido un proceso milenario que acompañó las corrientes migratorias y la formación de los imperios. Hasta hoy, incluso en Europa, las diferentes etnias aún no se transformaron definitivamente en naciones, como resultó patente en los recientes conflictos de los Balcanes. El continente africano ha sido palco de terribles luchas entre etnias dentro de un mismo estado. Ellas evidencian que el criterio de los colonizadores europeos, al subordinar la división territorial a las conveniencias de conquista y dominio, se orientó por el padrón patriarcal, muchas

veces sin tomar en cuenta el padrón matriarcal que enraíza tradicionalmente las etnias a la Madre Tierra.

La unidad alemana sólo fue realizada en 1871 y la italiana en 1861, lo que nos da una idea de cómo son recientes, cuando pensamos que las fronteras de Brasil fueron fijadas en 1750. Una de las reivindicaciones territoriales de la Alemania de Hitler era la reunión con Austria y la primera ocupación territorial, antes de la invasión de Polonia, que desencadenó la Segunda Guerra Mundial, fue la anexión de los Sudetes, población preponderantemente alemana de parte de Checoslovaquia. El pangermanismo de Hitler, unido al nacionalismo de un pueblo que se encontraba humillado y debilitado después de la Primera Guerra Mundial, de la cual él fue uno de los veteranos, fueron dos ideales de su prédica a los cuales él, con astucia, reunió el ataque proyectivo del chivo expiatorio a los judíos y comunistas y el ideal quimérico de una supuesta sangre aria ancestral de los alemanes. Un factor de la mayor importancia para conducir la demagogia y la mentira descarada adoptada por Hitler y por el Partido fue una dedicación especial a la comunicación de masa, que se institucionalizó después en el Ministerio de Goebels.

Hasta aquí, este enfoque arquetípico puede ser guiado por el marco teórico de referencia tradicional de Jung y de Erich Neumann, siempre y cuando no identifiquemos el Arquetipo Matriarcal con la mujer, la “Gran Madre” y lo “femenino” y lo concibamos como expresión de sensualidad y fertilidad igualmente de la mujer y del hombre. En ese caso, debemos hacer lo mismo con el Arquetipo Patriarcal para que no sea identificado con el hombre y lo masculino y sea considerado como la expresión de la organización abstracta tanto en el individuo como en la cultura, en el hombre o en la mujer. Esto no impide que el Arquetipo Matriarcal haya sido históricamente reducido a la mujer, a la madre y a lo femenino y el Patriarcal al hombre, al padre y a lo masculino durante el período de predominio patriarcal de la cultura.

Luego del predominio patriarcal, la Psicología Simbólica describió la anunciación mítica seguida por el inicio de la implantación histórica progresiva del Arquetipo de la Alteridad y de su posición consciente dialéctica a partir del Mito de Buda en Oriente y del Mito Cristiano en Occidente. Esta implantación ha sido alternada por circunstancias y fases históricas de patriarcalización defensiva. En Occidente, esta deformación comenzó con una relativa patriarcalización de los Evangelios Canónicos cuando los comparamos con los Evangelios Gnósticos, y continuó con la institucionalización del

Mito dentro de la estructura piramidal de la Iglesia, que siguió el modelo patriarcal del imperio Romano. La proyección del chivo expiatorio en las corrientes divergentes del poder oficial las rotuló como herejías y dio margen a la organización represiva de la Inquisición, que durante catorce siglos patriarcalizó de manera psicopática el Mito Cristiano y lo empleó en la persecución, confiscación de bienes, prisión, tortura, homicidio y guerras para la hegemonía del poder de la Iglesia (Byington, 1991). La persecución a los judíos, en los progroms, como chivos expiatorios de la represión en nombre de Cristo, siempre tuvo un lugar destacado en la Inquisición y durante siglos pautó el antisemitismo que alcanzó su auge genocida en el Nazismo.

He descrito en otras publicaciones (Byington, 1983, 1991, 1996b, cap. 2), y aquí resumo de manera sucinta, cómo el Mito Cristiano elaboró y propició la implantación creativa histórica del Arquetipo de la Alteridad por medio de la catequesis, de la Misa y de los monasterios durante la Edad Media. Luego del milenio inicial de elaboración introvertida del mensaje de salvación del Mito, siguió la gran extroversión socioeconómica, política, artística y científica que transformó los monasterios en universidades, desencadenando el Renacimiento, las ciencias modernas y el Iluminismo, seguidos por la industrialización. He llamado reiteradamente la atención sobre la disociación patológica objetivo-subjetivo del Self Cultural de la llamada Cultura Occidental, ocurrida cuando la Ciencia tomó el poder en la Universidad y, al librarse de la Religión en función de la Inquisición, expulsó también lo subjetivo y, con él, la totalidad humanista. De esta manera, la Psicología Simbólica muestra que la disociación ética del Self Cultural Europeo, ocurrida durante siglos por la posición polarizada de la antinomia Cristo-Diablo, se agravó sobremanera con la disociación subjetivo-objetivo que mutiló el saber universitario al final del siglo dieciocho. De este modo, hay que eximir al Iluminismo y el culto de la razón por ella profesado de la responsabilidad por el racionalismo disociado del siglo diecinueve. El culto de la razón en sí no es patológico. Lo que tornó al racionalismo materialista del siglo diecinueve patológico fue la disociación subjetivo-objetivo sobrepuesta a la polarización puritana y maniqueísta del Bien y del Mal heredada de la Edad Media.

Estas consideraciones son importantes porque el siglo diecinueve presentó la industrialización, dentro de la implantación histórica de la dialéctica de la alteridad, buscando un humanismo correspondiente al poder adquirido por el operador de la máquina. El movimiento socialista buscaba el reconocimiento de ese derecho ya

adquirido por el proletariado. En el Manifiesto Comunista de 1848, esa reivindicación fue desviada de la alteridad hacia el predominio polarizado patriarcal. La exhortación “proletarios del mundo, unidos” para establecer la “dictadura del proletariado” anunció las terribles dictaduras comunistas del siglo veinte. De esa forma, el socialismo dejó de ser dialéctico y las revoluciones comunistas pasaron a implantar sus dictaduras, comenzando por Rusia. El Partido Comunista tomaba el poder y establecía la represión y la tiranía, transformando a sus opositores en chivos expiatorios y rotulándolos como traidores de la revolución y del proletariado. En muchos países, esa revolución fue repudiada por las más variadas causas. El Nazismo se desarrolló dentro del movimiento socialista europeo liderado por la revolución comunista rusa de 1917. Entre 1918 y 1920, los comunistas tomaron el poder en Alemania tres veces. La primera en Munich, en noviembre de 1918, durante tres meses; la segunda, en Berlín, en enero de 1919, durante una semana, y la tercera nuevamente en Munich, en mayo de 1919. En las tres ocasiones fueron depuestos por grupos de derecha formados entre otros por ex militares que se aglomeraban después de la guerra (*Freikorps*), y por lo que restaba del propio ejército. Fue en principios de 1919 que Hitler, él mismo un veterano del ejército derrotado, comenzó a descubrir su don oratorio al ser aprovechado por el ejército como educador (*Bildungsoffizier*). En septiembre, él comenzó a frecuentar reuniones del pequeño Partido de los Trabajadores Alemanes que, el 1^o de abril de 1920, modificó su nombre para Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes. Su camino nacionalista fue trazado desde el inicio en feroz oposición al judaísmo, que él identificaba con el marxismo de ideología internacional, cuya victoria política en Rusia llenaba de horror al ejército y a muchos alemanes.

A pesar de la conturbación social y de la amenaza comunista, Alemania caminaba hacia la alteridad y la democracia. En las elecciones del 19 de enero de 1919, que por primera vez incluyeron a las mujeres, tres de cada cuatro votos fueron para partidos democráticos. Lamentablemente, las humillantes condiciones para Alemania en el tratado de Versalles de 1919 y la crisis económica mundial del final de la década siguiente desviaron a Alemania de la alteridad hacia la regresión nacionalista patriarcal que llevó a Hitler al poder en 1933. La sociedad alemana fue radicalmente patriarcalizada en la posición polarizada y elitista en todas sus dimensiones. El trabajo profesional se prohibió a las mujeres, que pasaron a

dedicarse, por ley, exclusivamente al hogar, a pesar de la falta que hicieron en la producción industrial, sobre todo durante la guerra.

La Personalidad de Hitler y la Ascensión del Partido

Aquel que se convirtió en el monstruo sanguinario homicida y suicida líder de Alemania Nazi nació en 1889 y tenía treinta años cuando entró al partido, en 1919. Su vida en nada preconizó al héroe diabólico del Mal en que se convirtió. La formación de su personalidad presenta gran conflicto agresivo con su padre, que quería que fuese funcionario público, contrapuesto a la complacencia de su madre, que lo sustentó con su magra pensión de viuda desde los catorce hasta los diecisiete años, cuando falleció. Alumno mimado y caprichoso, sólo estudiaba lo que quería, principalmente Historia y Geografía. Al final de su adolescencia, viajó a Viena e intentó estudiar pintura en la Escuela de Bellas Artes, pero fue reprobado y se le aconsejó seguir arquitectura, lo que solo hizo como aficionado, diseñando innumerables edificios públicos después de dictador. En esa creatividad tardía, también expresó el componente suicida de su personalidad, al preconizar junto con los proyectos grandiosos desarrollados por él y por el arquitecto Speer para el campo de Zepelin, en la sede del Partido en Nuremberg, el “principio de las ruinas”. Edificios importantes serían construidos y en un futuro distante se desmoronarían, formando ruinas pintorescas (Cohen, 1989). La misma idea suicida vamos a encontrar en su admiración por *Rienzi*, ópera de Wagner, que retrata la historia de un héroe en Roma Antigua, que lidera al pueblo contra la aristocracia. Traicionado, su última batalla es en el Capitolio, que cae incendiado. Esta expresión suicida, que pertenece al arquetipo del héroe patriarcal y que arrastró no solamente a Hitler, sino al ejército y a todo el pueblo alemán, volvió a repetirse en la dimensión de la arquitectura en el mito del *Anillo de los Nibelungos*. Después de morir en batalla los héroes Sigmund y Sigfrido, sigue la epopeya final en la que el Walhalla, la fortaleza de Wotan, construida por los gigantes, se desmorona en llamas, destruyendo al dios que escogió el poder en el lugar del amor.

Por más que percibamos una personalidad neurótica con trazos de alteración del carácter y que nos impresionemos con los celos patológicos demostrados en su misteriosa relación amorosa con su sobrina, Geli Raubal, hay muy pocos indicios de

que Hitler pudiera tener algún don extraordinario que marcara la historia de la civilización. Al dejar el ejército en 1918, con 29 años, además de un joven profesionalmente fracasado, sin saber qué hacer y a dónde ir, salvo convertirse posiblemente en un informante del ejército, Hitler era sobre todo un lumpen, en la definición de Marx:

Al lado de libertinos arruinados, de modos de vida dudosos y de origen igualmente dudoso, de aventureros y de restos corruptos de la burguesía, se encontraban vagabundos, soldados dispensados, detenidos salidos de las prisiones, ladrones de carteras, condenados forajidos, gatunos, charlatanes, gafos, de carteras, estafadores, jugadores, rufianes, propietarios de prostíbulos, cargadores, tocadores de organillo, traperos, afiladores de cuchillos, soldadores de ollas viejas, mendigos, en suma, toda esa masa confusa, descompuesta, fluctuante, que los franceses llaman *la bohème* (la bohemia). Fue con estos elementos que le estaban próximos que Bonaparte constituyó el cuerpo de la sociedad del Diez de Diciembre. (Slama, 2003).

El factor decisivo que convirtió a Hitler en el líder más carismático y destructivo de la Historia me parece haber sido que la sincronización de su llamado para la vocación política haya ocurrido en Alemania, en el año 1919. Su intuición visionaria de una Alemania militarista guerrera, nacionalista y grandiosa, antisemita y anticomunista, que leyese a Nietzsche y oyese a Wagner extasiada, soñando con vengarse de Europa por la derrota sufrida en la Primera Gran Guerra, era algo absolutamente mediocre, corriente y sin nada de extraordinario. Lo que más caracterizaba a su personalidad, sin embargo, y que estimulaba su temperamento, era su patriotismo, unido a la admiración por la guerra y a la voluntad de en ella participar.

Cuando aún era joven, en la época en que todo nos sonreía, nada me ponía tan triste como el haber nacido en una época en que todas las honras y glorias estaban reservadas a negociantes o a funcionarios del gobierno ... ¡Ah! Si me hubiese sido posible haber nacido cien años antes ... ya en mis más tiernos años, yo no era pacifista ... La culpa del gobierno alemán, en este caso [Balcanes] fue de perder siempre las buenas oportunidades de intervención [guerra] debido a la preocupación constante de mantener la paz. ... El gobierno de Viena dio su ultimátum [inminencia de guerra] ... dominado por delirante entusiasmo, caí de rodillas ... El 3 de agosto [1914] presenté un requerimiento [de alistamiento] ... Al abrir con manos trémulas el documento en el cual leí el consentimiento ... mi contento y mi gratitud no tuvieron límites... (Hitler, 1924, págs. 107-111)

Tal vez la lectura psicodinámica y psicopatológica más profunda e importante que podamos hacer de la personalidad de Hitler es que su patriotismo fue asimilado por un ansia por la guerra, que correspondía a una intensa agresividad homicida y suicida que dominó la totalidad del Self para expresarse. De hecho, podemos decir que todo el tiempo su personalidad estuvo dirigida patriarcal y conscientemente hacia la guerra, pero, inconsciente y defensivamente, hacia la derrota y el suicidio. De esta manera, su lucha obstinada para la ascensión política era ya, en sí misma, una verdadera guerra que justificaba cualquier audacia y medio. Luego, sin embargo, desarrolló varias funciones estructurantes que estaban latentes en su personalidad y que iniciarían su vuelo en dirección al liderazgo guerrero y elitista de los alemanes. Su extraordinario don para la oratoria pronto se hizo sentir en el Partido. Su ambición sintonizó totalmente con la búsqueda de reconstrucción emocional, económica y militar de la nación. Su tipología intuitiva y su exuberancia matriarcal, que frecuentemente lo tornaban poseído por la histeria, fueron fundamentales. Con ellas fue capaz de sintonizar extraordinariamente con el *Zeitgeist*, el espíritu de su tiempo, y expresar lo que los alemanes querían oír y, al mismo tiempo, manipularlos en dirección a la guerra y a la autodestrucción. Empleó su creatividad estética para la seducción y desarrolló la esvástica, los brazales y los estandartes para simbolizar al Partido. Su falta de carácter, esto es, su defensa psicopática, le permitió falsificar cualquier realidad en el camino del poder y su agresividad creció infinitamente al proyectar todas las frustraciones de los alemanes en los “judíos socialistas al servicio de Rusia” y, al liquidar delincuentemente cualesquier opositores del Partido, transformó el crimen en un instrumento de acción política.

En todas las biografías de Hitler es mencionada su propensión a la mentira, su falsificación de la realidad y su grandilocuencia. La mayor proyección de su defensa psicopática ocurrió con la racionalización de su antisemitismo:

Mi mayor metamorfosis fue, sin embargo, la que experimenté en relación al movimiento antisemita ... Los vínculos de los judíos con la prostitución y sobre todo con el tráfico blanco ... vi al judío envuelto como dirigente frío, inteligente y sin escrúpulos en esa escandalosa explotación de los vicios de la gran ciudad ... yo me quedaba pasmado ... no se sabía qué admirar más, si su locuacidad, si su talento en el arte de mentir ... Pasé a ser un fanático antisemita ... ¿A ese pueblo no le sería destinado el dominio de la Tierra? ... Si el judío, con el auxilio de

su credo marxista, conquistara las naciones del mundo, su corona de victorias sería la corona mortuoria de la especie humana ... Luchando contra el judaísmo estoy realizando la obra de Dios. (Hitler, 1924, págs. 46-52)

El ambiente caótico y revolucionario reinante en la posguerra le fue extraordinariamente útil. Cuando la guerra terminó, en 1918, el ejército alemán había convocado a once millones de soldados, de los cuales dos millones habían muerto. Alemania no tenía cómo alimentarse. El desorden social era enorme. Al mismo tiempo, el mundo intelectual y artístico clamaba por una nueva Alemania. Desarreglo en el ejército, revolución proletaria comunista en marcha y grupos paramilitares por todos lados volvían a las actividades políticas inseparables de actividades violentas. Los comicios eran frecuentemente reprimidos por comités de operarios marxistas. Fue en ese ambiente que el partido nazi comenzó a reclutar una verdadera tropa de choque. Es Hitler quien escribe:

Ya en el comienzo de nuestra gran actividad en los comicios, propuse la organización de una guardia de la sala como un servicio de orden para el cual sólo se debían reclutar a jóvenes fuertes ..., que venían siendo educados en la convicción de que el terror sólo se vence por el terror. ... El ataque constituye el arma más eficaz de la defensa. ... Nuestra tropa de servicio de orden tiene que ser precedida de la fama de ser una comunidad de combatientes. ... Con qué entusiasmo se alistaban entonces estos jóvenes. ... El 4 de noviembre recibí las primeras noticias sobre el ataque a nuestro comicio Expuse a los jóvenes que había llegado la hora de probar, por primera vez, su fidelidad inquebrantable al movimiento. Ninguno de nosotros tenía el derecho de dejar la sala sino después de muerto. ... Como lobos, se precipitaban, en pandillas de ocho o diez, sobre sus adversarios, consiguiendo paulatinamente, expulsarlos de la sala. ... casi todos estaban sucios de sangre ... nos regocijábamos ante una tal resurrección de antigua escena guerrera ... Nosotros habíamos quedado señores de la situación ... y yo comencé a hablar ... Nuestros adversarios no olvidaron la lección recibida ... Yo había llegado a una bandera de fondo rojo con círculo blanco, en cuyo centro figuraba una cruz esvástica negra ... Se hicieron luego encargos de brazales para los encargados de servicios de orden ... Era un símbolo de verdad ... en el rojo, vemos la idea socialista del movimiento, en el blanco, la idea nacional, en la cruz esvástica, la misión de la lucha por la victoria del hombre ario, simultáneamente con la victoria de nuestra misión renovadora que fue y será eternamente antisemita ... Dos años más tarde, las "tropas de orden" ya se habían transformado hacia mucho tiempo en un batallón de asalto. (Hitler, 1924, págs. 307-317)

Así se formó el batallón SA del Partido.

Al terminar el año de 1922, aproximadamente cuatrocientos asesinatos políticos habían sido perpetrados, la mayoría por grupos de derecha, y el Partido Nacionalsocialista comenzó a crecer. En 1924, Hitler intentó un golpe, fracasó y fue apresado. El Partido casi desapareció, pero la crisis económica de la década y la amenaza comunista permanente le permitió renacer y crecer otra vez. En 1929, 170 mil miembros; en 1932, 1 millón y 378 mil miembros.

El 30 de enero de 1933, Hitler se convierte en Canciller, con escasa mayoría, por acuerdo político, aunque había mucha oposición al Nazismo. Él pide elecciones para el Congreso. En la campaña, las SA actúan con audacia y brutalidad. Goering se convierte en Ministro del Interior y comanda la fuerza policial de Prusia. Surge así la policía secreta, la Gestapo. Himmler hace lo mismo con la policía de Baviera. Bajo fuerte presión de las SS el Congreso da a Hitler poder para legislar por decreto. El ejército, los conservadores y los grandes industriales se resisten a aceptar a Hitler debido al poder armado y terrorista de las SA. Hitler las sacrifica a cambio de la Presidencia. El 30 de junio de 1934, en la llamada Noche de los Cuchillos Largos, Himmler, Goering y las SS asesinan a los líderes de la SA y a los enemigos de Hitler. El 1° de julio, el presidente Hindenburg agradeció a Hitler por “su acción decisiva y brillante intervención personal, que había liquidado la traición en el nacimiento y había salvado al pueblo alemán de un gran peligro” (Shirer, 1960, vol.1, pág. 336). El ejército también apoyó la subordinación del Nacionalsocialismo a las fuerzas de la ley. En función de la fuerte conmoción de su identidad nacional durante el período de la posguerra, el pueblo alemán se tornó propenso a retornar al predominio del Arquetipo Patriarcal de forma radical con el restablecimiento de la posición polarizada en un nivel incluso pre-cristiano, como percibió Jung (1936). La intensidad de la activación patriarcal fue tan intensa que en pocos años el Nacionalsocialismo volvió elitista a la conciencia colectiva con el “arianismo” y eliminó brutalmente cualquier oposición. Esta patriarcalización fulminante desequilibró de tal forma el Self Cultural que su patología creció extraordinariamente.

Hindenburg murió el 2 de agosto de 1934, y en el mismo día Hitler fue denominado *Führer* y Canciller del Reich. Él asumió el poder y exigió a todos los oficiales y miembros de las fuerzas armadas un juramento de fidelidad a él mismo, y no a la nación (Shirer, 1960, vol 1, pág. 338). El acuerdo entre Hitler, el presidente

Hindenburg y el ejército para exterminar a las SA eligió la psicopatía homicida y suicida para gobernar a Alemania y desencadenar la avalancha monstruosa de la guerra y del genocidio.

Resumen

Siguiendo el *Wotan*, de Jung (1936), el artículo estudia desde la perspectiva de la Psicología Simbólica la interacción política normal y patológica del Self Individual con el Self Cultural, ilustrada por la sincronicidad de la relación entre la personalidad de Hitler y la ascensión social del Nazismo en la sociedad alemana. Enfatiza la limitación de la posición polarizada patriarcal dentro del principio de la causalidad racional para emprender este estudio y preconiza la posición dialéctica de alteridad dentro del principio de la sincronicidad para hacerlo.

El autor describe la indecisión vocacional de Hitler entre la pintura y la arquitectura y su entusiasmo por la política y por la guerra que, exacerbados en la Primera Guerra Mundial, definieron su vida y su muerte. La fascinación por la guerra, su carisma en la oratoria, su empatía por el nacionalismo guerrero y orgulloso del Self Cultural Alemán y su defensa psicopática desencadenaron su agresividad homicida suicida latente para liderar delincientemente el Nacionalsocialismo y asumir el poder, proyectando el chivo expiatorio en los judíos y comunistas, en una sociedad humillada, belicista, desestructurada y amenazada por la Revolución Rusa.

Al lanzar a Alemania a la Segunda Guerra Mundial y emprender el Holocausto, Hitler y el Self Cultural Alemán fueron arrastrados por el furor homicida suicida para invadir a Rusia y proporcionar estratégicamente la matanza de millones de personas, y su autodestrucción, míticamente preconizados por las leyendas de *Rienzi* y del *Anillo de los Nibelungos*.

Abstract

Following Jung's *Wotan* (1936), the article studies the normal and pathological political interaction between the Individual and the Cultural Self through Symbolic Psychology, illustrated by the synchronicity of the relationship of Hitler's personality and the rise of nazism in German society. It emphasizes the limitation of the polarized

patriarchal position within the principle of rational causality to carry out this task and adopts the dialectical position of alterity within the principle of synchronicity to do so.

The author describes Hitler's vocational indecision between painting and architecture and his enthusiasm for politics and war, which were exacerbated during World War I and defined his life and his death. His fascination for war, his capacity for oratory, his empathy for the warring proud nationalism of the German Cultural Self and his psychopathic defense launched his latent homicidal suicidal aggression and led him to criminally command National Socialism and become president, projecting the scapegoat complex onto Jews and communists, in a humiliated, belligerent and unstable society threatened by the Russian Revolution.

By leading Germany into World War II and into the Holocaust, Hitler and the German Cultural Self were dragged by homicidal suicidal fury to invade Russia and promote the destruction of millions of lives, including Germans and himself, as had been mythically predicted in the legend of *Rienzi* and of the *Nibelungen Ring*.

Referencias Bibliográficas

Bayerlein, Fritz. *The Fatal Decision*. Ed. Freidin & Richardson, pág. 120. In Shirer, *op. cit.*, vol. 3, pág. 447.

Byington, Carlos Amadeu Botelho (1980). *Psicologia e Política. Uma Leitura Arquetípica da Dialética de Classes*. Simposio Psicoanálisis y Política. Coordinación: Clínica Social de Psicoanálisis Anna Katrin Kemper. Rio de Janeiro, 17 de septiembre a 29 de octubre de 1980.

_____ (1983). Uma Teoria Arquetípica da História. O Mito Cristão como o Principal Símbolo Estruturante do Padrão de Alteridade na Cultura Ocidental. *Junguiana, Revista de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica*. Petrópolis, 1983, nº1, págs. 120-177.

_____ (1986). A Sombra Patológica no Self Cultural do Ocidente. X Congreso Internacional de Psicología Analítica. Berlin, 1986. Ed. Mary A. Mattoon, Switzerland: Daimon, 1987, págs. 301-316.

_____ (1987). Arquétipo e Patologia: Introdução à Psicopatologia Simbólica. *Junguiana, Revista de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica*. São Paulo, 1987, nº 5, págs. 79-126. Revisado en el 2003.

_____ (1991). Prefacio. In: Sprenger e Kramer (1484) *Malleus Maleficarum – O Martelo das Feiticeiras*. Rio de Janeiro: Ed. Rosa dos Tempos – Record, 1991.

_____ (1996a). *O Arquétipo da Vida e da Morte*. Junguiana, Revista de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica. São Paulo, 1996, nº 14, págs. 92-115. Revisado en el 2001.

_____ (1996b). *A Construção Amorosa do Saber. O Fundamento e a Finalidade da pedagogia Simbólica Junguiana*. Sao Paulo: Ed. Religare, 2004

_____ (2003). A Conceituação da Neurologia Simbólica para Estudar a Droga-Adição. Prefacio del libro de Nassif, Suely y Rosa, José Tolentino. *Psiconeurologia na Dependência Química: Álcool e Drogas*. En publicación.

Cohen, Peter (1989). *Arquitetura da Destruição*. Suecia. (Filme)

Engels, Friedrich (1884). *A Origem da Família, da Propriedade Privada e do Estado*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1977.

Freud, Sigmund (1920). *Além do Princípio do Prazer*. Obras Completas, vol. 21. Rio de Janeiro: Imago, 1976.

Halder, Franz. *Hitler als Feldherr*. In Shirer, *op.cit.*, págs. 443-444.

Hitler, Adolf (1924). *Minha Luta*. São Paulo: Editora Moraes Ltda, 1983.

Jung, Carl Gustav (1935). The Tavistock Lectures – On the Theory and Practice of Analytical Psychology. Lecture 1. CW 18. Princeton: Princeton Univ. Press, 1976. par. 5.

_____ (1936). *Wotan*. Obras Completas. London: Routledge & Kegan Paul, vol. 10, 1964.

_____ (1946). *Psychology of the Transference*. Obras Completas. London: Routledge & Kegan Paul, vol. 16, 1954.

Neumann, Erich (1970). *The Child*. New York: Putnam's Sons, 1970.

Rosenbaum, Ron (1998). *Explaining Hitler. The Search for the Origins of his Evil*. New York: Harper Perennial, 1999.

Shirer, William L. (1960). *Ascensão e Queda do Terceiro Reich*. Rio de Janeiro: Ed. Civilização Brasileira S.A., 1963.

Speer, Albert [a]. Declaración en Nuremberg, TMWC (Trial of the Major War Criminals, XVI, pág. 492. In Shirer, *op. cit.*, vol. 4, pág. 244.

_____ [b]. Declaración en Nuremberg, TMWC (Trial of the Major War Criminals, XVI, págs. 497-498. In Shirer, *op. cit.*, vol. 4, pág. 246.

Slama, Alain-Gérard (2003). *O novo lumpen*. Diário O Estado de São Paulo, 27 de julho de 2003, pág. A2.

Teilhard de Chardin, Pierre (1947). *Le Phénomène Humain*. Paris: Edition de Seuil, 1955.

Toland, John (1976). *Adolf Hitler*. New York: Anchor Books, 1992.

von Bertalanfy, Ludwig (1968). *General Systems Theory*. New York: Braziller, 1968.